

LAS IDEOLOGÍAS: UN LEGADO AMBIVALENTE DE LA ILUSTRACIÓN

Krzysztof POMIAN
CNRS

La palabra *idéologie* apareció por primera vez en francés hace dos siglos: en 1796. En aquel tiempo hacía referencia a un estudio científico de las ideas que se creía que llevaría a la ciencia de la mente humana. Desde finales del siglo XVIII, quienes estaban implicados en tal estudio recibían el apelativo de *idéologues*; de entre ellos, Cabanis, Destutt de Tracy y Volney son los más conocidos. En varios libros importantes y en un influyente estudio, *La Décade philosophique*, profesaron una filosofía que era, en términos generales, determinista, sensualista y materialista, que buscaba inspiración en d'Alembert, Helvetius y Condillac y era semejante a la de los radicales filosóficos ingleses del mismo período, como Bentham y James Mill. Desde una perspectiva política, los *idéologues* deseaban mantener el legado de la Revolución Francesa, aunque excluyendo el período del Terror, y se declaraban opuestos a Napoleón. Por ello, no sorprende que fuera Napoleón quien, al parecer, creara el adjetivo *idéologique* (1801), al que dio un significado peyorativo.

1. EL TOTALITARISMO: ¿UN DESCENDIENTE DE LA ILUSTRACIÓN?

El origen mismo de la palabra *idéologie* y de sus derivados señala una conexión entre las ideologías y la Ilustración francesa por un lado

y con la Revolución Francesa por otro. Y esta conexión parece quedar confirmada por el hecho de que realmente surgieron distintas ideologías a raíz de ambas. Las fechas en las que sus nombres hicieron acto de presencia en la lengua francesa son bastante elocuentes al respecto: *nacionalisme* (1798), *radicalisme* (1820), *libéralisme* (1821), *socialisme* (1831), *comunisme* (1840), *progressisme* (1845), *collectivisme* (1849), *égalitarisme* (1870). Además, estas ideologías afirman descender de la Ilustración y, en el caso de algunas, también de la Revolución Francesa. De hecho, los liberales consideran como sus antepasados a personajes como Locke, Montesquieu y Adam Smith, los progresistas a Turgot y Condorcet, los demócratas apelan a Rousseau, algunos nacionalistas, de nuevo, a Rousseau y a Herder, los radicales elogian el librepensamiento de Voltaire y el republicanismo de Rousseau, los socialistas y comunistas incluyen en su genealogía el materialismo de Holbach y Diderot, las exploraciones utópicas de, entre muchos otros, Meslier y Morelly, las actividades revolucionarias de Danton y los *Girondinos* y/o de Robespierre y los *sans-culottes*.

Sin embargo, sería un error creer que la ideología está exclusivamente relacionada con la Ilustración y la Revolución Francesa. Por una parte, el significado actual de la palabra *ideología* es contrario al que tenía en sus orígenes. Se han propuesto numerosas definiciones durante los últimos ciento cincuenta años, desde que Marx y Engels escribieron su *Deutsche Ideologie* (1846), publicada por primera vez en 1932. Pero ninguna de estas nuevas definiciones identifica a la ideología con el estudio científico de las ideas. Por el contrario, lo que sorprende de éstas es el lugar que conceden a los juicios de valor y la oposición que la mayoría intenta establecer entre ideología y ciencia, asociándose la primera con una falsa conciencia, a un misterio propio o un autoengaño que desconoce su verdadera naturaleza y dependiente del grupo social al que el individuo pertenece. En la actualidad, en lugar de una ciencia, la palabra *ideología* frecuentemente denota algún tipo de opinión y en lugar de un valor positivo se le confiere uno negativo. La única excepción de relevancia en esta tendencia dominante fue el intento marxista-leninista soviético de introducir el concepto de la “ideología científica” de la que el único supuesto ejemplo sería el mismo marxismo-leninismo. En vista del cambio radical en el significado de la palabra *ideología*, ¿tenemos realmente derecho a establecer una conexión entre ideología y la Ilustración?

Además, existen varias ideologías que no solamente rechazan ser herederas de la Ilustración y de la Revolución Francesa sino que luchan abierta y violentamente contra el legado de éstas y que, cuando están en el poder, intentan cancelar, cuando no erradicar completamente, las ins-

tituciones, tradiciones e ideas que consideran, con más o menos razón, que llevan la impronta de un origen ilustrado o revolucionario. Éste es el caso del conservadurismo y el tradicionalismo (ambos nombres entraron en el diccionario de la lengua francesa en 1851), del autoritarismo (1870), del antisemitismo (1894) y, de forma más general, de todas las variantes del racismo (1930), además de las versiones monárquicas y católicas del nacionalismo —*Action Française* en Francia, la Falange en España— y, por supuesto, el fascismo (1921-22) en Italia y el nacionalsocialismo (1921) en Alemania. Aun así, ¿estaban estas ideologías relacionadas de algún modo con la Ilustración, a pesar del firme rechazo por parte de sus defensores de todo lo que pudiera servir para preservar su espíritu?

La misma pregunta se puede plantear con respecto al bolchevismo o al marxismo-leninismo, dos términos que nosotros consideraremos sinónimos. Es cierto que, a diferencia de todas las ideologías de derechas que acabamos de mencionar, el bolchevismo se presentaba a sí mismo como la ideología quintaesencial de la izquierda, como el único sucesor legítimo de la Revolución Francesa, en concreto del jacobinismo, y también de la Ilustración. No obstante, en la práctica política, el bolchevismo renunció a todos los principios y valores por los que abogaba la Ilustración: los derechos humanos, la tolerancia y la libertad, la legalidad, la responsabilidad del gobierno ante la opinión pública, la perfectibilidad de la humanidad bajo la influencia de la educación y de la mejora de las condiciones de vida, y los substituyó a todos ellos mediante una violenta ruptura con el pasado y la idea de un líder infalible perteneciente a un partido infalible que implantó su visión del futuro a través del terror. Por ello, si analizamos el régimen político que creó y mantuvo el régimen bolchevique durante más de setenta años en la Unión Soviética y de cuarenta y cinco en distintos países de la Europa Central y Oriental, tendremos derecho preguntarnos si realmente tenía alguna relación con la Ilustración y, en caso afirmativo, de qué tipo era.

Evidentemente, se trata de preguntas importantes y difíciles de contestar. Y esto es así porque equivalen a preguntar sobre las posibles raíces ilustradas del totalitarismo siempre que asumamos, como es mi caso, que el concepto de *totalitarismo* es legítimo y útil, y que es valioso y muy válido para calificar como *totalitarias* las ideologías fascista y nazi, por un lado, y la bolchevique, por el otro. Horkheimer y Adorno ya plantearon estas preguntas hace años en relación con el fascismo (que, en su caso, hacía referencia tanto al fascismo italiano como al nazismo alemán) y Jacob L. Talmon hizo lo propio con respecto al bolchevismo. Más recientemente los volvió a exponer en términos más generales el anterior Papa, Juan Pablo II, para quien el totalitarismo del siglo xx no era

más que un ejemplo extremo de la moderna “civilización de la muerte”, siendo ésta un producto ineludible de la marginalización de la religión y, por consiguiente, de la Ilustración, tomada como el primer y más eficaz intento de secularización. Por lo tanto, el totalitarismo es, desde la perspectiva del Papa, un descendiente de la Ilustración.

En este caso, la respuesta es sencilla. Si dicha afirmación fuera correcta, las ideologías totalitarias habrían triunfado y los regímenes totalitarios se habrían establecido en primer lugar y preferentemente en los países en los que la Ilustración ejerció una influencia especialmente profunda y duradera, que serían los tres siguientes: Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia. Todos ellos deben su forma política actual a una revolución, si bien todas ellas fueron muy distintas entre sí, y los tres incorporaron varias ideas características de la Ilustración en sus constituciones e instituciones. Sin embargo, éstos son precisamente los países en los que nunca logró imponerse el totalitarismo. En Gran Bretaña y Estados Unidos los partidos políticos totalitarios fueron siempre insignificantes. En Francia, donde sí tuvieron una audiencia masiva, no fue nunca lo suficientemente grande para que alcanzaran el poder a través de unas elecciones; el régimen de Vichy, que en realidad no era totalitario, fue el resultado de un golpe de Estado posterior a una derrota militar. Sin embargo, los regímenes totalitarios endógenos sí surgieron en Rusia, Italia y Alemania, y más tarde en China, países donde la influencia de la Ilustración fue claramente menos marcada que en Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia, sin importar qué criterio utilicemos para cuantificarla. Por ello podemos decir que una afirmación del tipo: “el totalitarismo descende de la Ilustración” es claramente falsa. Pero la cuestión sigue abierta en lo que toca a la relación entre la Ilustración y el totalitarismo, en particular, aunque no exclusivamente, en su versión bolchevique.

Estos comentarios muestran, en mi opinión, que la conexión entre Ilustración e ideología es mucho más problemática de lo que parece a primera vista. Una vez dicho esto, no podemos estar siquiera seguros de que entre una y otra exista conexión alguna. Por ello, tendremos que empezar nuestra investigación de nuevo, ahora con la intención de describir los rasgos específicos de las ideologías.

2. RELIGIÓN E IDEOLOGÍA: DOS CLASES DE CREENCIAS COLECTIVAS

Al nivel de percepción en que se presentan como entidades visibles y audibles, todas las ideologías forman parte del mundo del discurso: de las disertaciones y de los textos escritos, a veces también de canciones,

unidos por un vocabulario común, una sintaxis similar y la repetición de fórmulas manidas; todo esto confiere a cada ideología su estilo específico. Como norma general, se completan con gestos y símbolos (banderas, emblemas, eslóganes, y, con menos frecuencia, uniformes) particulares de cada ideología y que sirven a sus partidarios como señales de cohesión. Tanto es así, que la imagen de un mitin electoral o de una manifestación callejera varía en función de la ideología de sus organizadores y participantes.

Cuando pasamos de la apariencia externa a los contenidos y significados, lo primero que notamos es el hecho evidente de que las ideologías presentan discrepancias entre sí, cuando no están abiertamente enfrentadas unas con otras. Las de izquierdas se oponen a las de derechas, las progresistas a las conservadoras o reaccionarias, las liberales y demócratas a las autoritarias o totalitarias, etc. No obstante, todas las ideologías tienen en común una afinidad por la política. Cada una de ellas se encarna en una organización de naturaleza política, en la mayoría de los casos un partido político, que intenta obrar de acuerdo con sus mandatos y llevar a la práctica sus propuestas. De ahí se desprende que las ideologías son mucho más que simples discursos: se trata de sistemas de convicciones internalizados por numerosos individuos que guían su conducta pública en una misma dirección e influyen, hasta cierto punto, en su vida privada, lo que los convierte en una comunidad unificada por unas creencias y objetivos comunes, y con una forma común de expresar las primeras e intentar alcanzar los segundos.

Al tratarse de sistemas de creencias y programas colectivos de acciones, las ideologías pueden compararse con las religiones, en particular con las grandes religiones monoteístas (Judaísmo, Cristianismo e Islam), que también tienen una clara afinidad por la política, en la medida en que intentan implantar instituciones y conductas que se suponen requisitos previos y necesarios para alcanzar la salvación. Pese a que algunos autores importantes afirman precisamente lo contrario, esto no significa que las ideologías no sean más que religiones secularizadas o laicas. Las ideologías y las religiones manifiestan, como veremos, ciertas similitudes formales, pero representan dos tipos marcadamente diferentes histórica y estructuralmente de creencias colectivas tan contrarias entre sí que sería bastante correcto decir que las ideologías (todas ellas, incluso las que manifiestan el respeto más profundo por la religión) son fundamentalmente antirreligiosas. Analicemos esta idea con mayor atención.

Tanto las religiones como las ideologías asumen la división del ser en dos esferas diferentes: la visible y la invisible, pero su contenido y relaciones están concebidos en ambos casos de una forma radicalmente

distinta. Las religiones identifican a la primera con este mundo y a la segunda con el otro. La diferencia entre los dos es primero espacial; se trata de dos áreas coexistentes separadas por una frontera: la tierra y el cielo, el interior y el exterior, lo inmanente y lo trascendente. También es ontológica: el cuerpo y el espíritu, lo finito y lo infinito, la ubicación y la ubicuidad, el tiempo y la eternidad. Es jerárquica: este mundo y todo lo que contiene se origina en el otro, que además es su destino final. Es más, la mismísima existencia de este mundo y el que ocurran todos los sucesos de los que éste es el escenario dependen, aunque sólo sea en parte, del otro mundo o, más bien, de sus habitantes. Esto significa que todo lo que se haga aquí debe realizarse de acuerdo con los mandamientos de allí, siendo éste el único modo posible para pasar de una vida mortal a una infinita y eterna. De ahí el honor que se atribuye al pasado más distante, al tiempo de la creación, cuando este mundo estaba más cerca del otro y se establecieron los modelos y normas que debemos imitar y seguir. También se desprende de ahí la importancia del futuro extratemporal, del período que sigue a la muerte del individuo o el fin del ser visible como tal, que corresponderá al día de juicio de los seres humanos por el gobernante del mundo invisible al que accederán tras haber abandonado el visible.

Para las ideologías, la división del ser entre visible e invisible pertenece a este mundo y al tiempo humano. Es espacial en el sentido de que se opone a todo lo que puede aprehenderse aquí y ahora por la vista y, hablando en términos más generales, por todos los sentidos, a todo lo que se necesita conseguir para poder convertirse en un objeto de cognición, ya sea mediante un viaje o por el uso de un instrumento de observación adecuado o, como ocurre en el caso del pasado, mediante el estudio de sus restos. Pero para las ideologías, la división del ser entre lo visible y lo invisible es en primer lugar temporal: opone el presente y el pasado al futuro.

Similar en este respecto a las religiones, las ideologías asumen que lo invisible es superior a lo visible. No obstante, para ellas esto significa que, en nuestras acciones colectivas, debemos subordinar el presente y el pasado al futuro... un futuro inmanente situado en nuestro tiempo y en este mundo. Ahora, a diferencia del presente y el pasado, que están aquí, el futuro aún no es una realidad, no es más que una idea, una imagen, una visión, un proyecto, un programa. No es algo que venga dado, sino que debe crearse. De hecho, la definición del futuro y de su relación con el presente y el pasado es el problema central de cualquier ideología. Pero lo que todas tienen en común es la convicción de que podemos conseguir el futuro que consideramos el mejor para la humanidad, para nuestra nación, nuestra clase social o grupo religioso, y que,

en este sentido, somos los señores de nuestro futuro, y, por consiguiente, de la historia.

Tal futurocentrismo, que separa claramente las ideologías de las religiones, queda manifiesto en el socialismo y el comunismo, pero también está implícito en el requisito liberal de poner fin a la intervención del Estado y dejar vía libre a una “mano invisible” que se supone tiene la capacidad de devolver el equilibrio al mercado y, de este modo, eliminar las contiendas entre compradores y vendedores a las que, supuestamente, se reducen todos los conflictos sociales. Este aspecto aparece incluso en los programas más reaccionarios, que afirman querer movilizar al pueblo exclusivamente para restaurar el pasado, en ocasiones un pasado muy remoto, pero que, en realidad, está intentando crear un futuro conforme a la idea de lo que debe haber sido el pasado. En todos los casos, el futurocentrismo se basa en el convencimiento de que el futuro puede ser mejor que el presente en algunos aspectos al menos, cuando no en todos, y que si tenemos la oportunidad de mejorar total o parcialmente las condiciones vitales de la humanidad, tenemos la obligación de hacerlo. Las ideologías exigen una actividad. A diferencia de las filosofías, que tienen como fin explicar el mundo, éstas desean cambiarlo.

El futurocentrismo de las ideologías no excluye que se puedan producir alianzas entre algunas de ellas y las religiones. Las ideologías regresivas o reaccionarias, como ocurrió con las de Franco en España o de Salazar en Portugal, intentaron utilizar la religión como una herramienta en su lucha por mantener unas relaciones sociales que supuestamente tenían sus raíces en el pasado, o, como en el caso de Vichy en Francia, para imponer un modelo que presuntamente se originaba en el pasado en una sociedad que ya había avanzado demasiado para que esto fuera posible. Pero también han intentado utilizar a la religión algunas ideologías progresivas, e incluso revolucionarias, aunque éstas lo hayan hecho para derrocar el orden social establecido en el nombre de uno nuevo que se presentaba como que cumplía, en franco contraste con su predecesor, con los mandamientos de la caridad y la justicia. Ejemplos de esto pueden verse en Latinoamérica y Filipinas.

Por su lado, las religiones intentan aprovecharse de las ideologías para sus propios fines cuando luchan por conservar o reconquistar su posición dominante en la sociedad. Un excelente ejemplo reciente de esto es la explotación del nacionalismo iraní por parte del clero chiita durante la revolución y la guerra con Irak. En Europa, y de un modo más claro todavía en Estados Unidos, los nuevos cristianos mezclan de forma indisoluble sus creencias religiosas con unas convicciones ideológicas reaccionarias y actúan a la vez como una secta y como un par-

tido político para dar fuerza de ley especialmente a sus opiniones sobre las medidas anticonceptivas y el aborto.

Sin embargo, como norma general todas estas alianzas entre las religiones y las ideologías son temporales y forzadas. Más tarde o más temprano terminan por producirse claras divergencias sobre el objetivo final y lo que no es más que un medio para alcanzarlo o, dicho de otro modo, sobre quién debe subordinarse a quién: la religión a la ideología o viceversa. Estos desacuerdos no son más que el resultado evidente de la opuesta orientación temporal de ambas, que permite acuerdos locales, pero poco más. Dado que para las ideologías la división del ser en dos esferas diferentes es principalmente temporal, les parece irrelevante, aunque a veces lo defiendan de palabra, la oposición existente entre éste y el otro mundo, que parece formar parte integrante, si no de todas, de al menos las tres principales religiones monoteístas. Éstas la sustituyen con la oposición entre el presente, que incluye al pasado, y el futuro, que es, según ellas, intratemporal. Por ello cancelan también los privilegios de un pasado distante que no puede seguir considerándose como una fuente de modelos y normas, y cambian la perspectiva ontológica por una histórica. Por consiguiente, prescriben a sus fieles un sistema de creencias opuesto a e incompatible con el de la religión, con la que con frecuencia llegan a entrar en conflictos, a veces hasta violentos. Ésta es la razón por la que, en lugar de recibir la consideración de versiones laicas o secularizadas de la religión, las ideologías tienden a ser tratadas como antirreligiones.

3. DE LA RELIGIÓN A LA IDEOLOGÍA

Tras esta aclaración conceptual, regresemos a la historia, para la que tiene algunas consecuencias importantes. Si finalmente caracterizamos a la ideología como un sistema colectivo de creencias orientadas al futuro, nos veremos obligados a aceptar que este fenómeno era totalmente desconocido en la Europa antigua, medieval y la primera etapa de la era moderna, aunque ésta es una opinión que no comparten muchos historiadores. Aun así, estoy convencido de que de otro modo perderíamos de vista la especificidad de las ideologías en relación con otras clases de creencias colectivas, en particular en lo que respecta a la religión. A su vez, esto nos impediría captar un proceso importante: la progresiva sustitución de la religión por la ideología en su función como sistema dominante de creencias colectivas y, como consecuencia de ello, la marginalización de las actitudes centradas en el pasado y en el otro mundo bajo la presión de las orientadas al futuro y al mundo interior.

El primer paso en este sentido fue la aparición a principios del siglo XVI de un nuevo género literario creado por Tomás Moro, a saber, la utopía,

que se convirtió en el medio por el que se podían plantear nuevos pensamientos sobre los problemas de la sociedad e imaginar soluciones para ellos. Durante los siglos XVII y XVIII fue haciéndose cada vez más popular y su prestigio siguió creciendo dentro de la República de las Letras. A diferencia de la religión, la utopía no sitúa a la sociedad ideal en un mundo externo ontológicamente diferente del nuestro. La ubica en islas o continentes lejanos, en un espacio al que pueden acceder nuestros barcos y cuyos habitantes son también humanos, aunque mucho más sabios que nosotros. En la utopía, la solución de los problemas sociales no requiere la intervención divina o sobrenatural sino que la aportan los hombres, y más concretamente algún individuo profundamente religioso dotado de una capacidad intelectual y moral superior, que desempeña en su sociedad el papel del legislador. Por consiguiente, el pensamiento utópico es mayormente laico, aunque todavía no concibe una sociedad en la que la religión deje de ser la base de la cohesión social, y se mueve únicamente en el espacio, no en el tiempo. Queda completamente fuera de la historia.

El descubrimiento de la historia ocurrió durante el transcurso del siglo XVIII. Se manifestó con la aparición de un nuevo tipo de actividad intelectual al que Voltaire denominó *philosophie de l'histoire*. Las distintas filosofías de la historia, que proliferaron durante la segunda mitad del siglo XVIII, parecían estar obsesionadas con el pasado, aunque, de hecho, su principal preocupación era el futuro. Su meta era conseguir conocimientos sobre el futuro apoyándose en el conocimiento del pasado y de las regularidades que descubrían al estudiarlo. En este sentido, las filosofías de la historia estaban intentando dominar el futuro. Pero el control al que aspiraban era puramente intelectual, conseguido por la mente de un individuo, y en cuanto a esto se asemejaba al que adquiere el astrónomo cuando descubre las leyes del movimiento de los cuerpos celestes. Del mismo modo que la utopía fue la mayor innovación del Renacimiento, la filosofía de la historia fue la principal innovación intelectual de la Ilustración.

Pero las filosofías de la historia no son ideologías. Se dirigen al individuo, no al grupo; se presentan como descriptivas, no como normativas; intentan predecir el futuro, no programarlo; y no pretendían guiar a nadie a emprender una acción colectiva para implantar visión alguna del futuro; su única ambición era hacer que la historia resultara comprensible. En resumen, las filosofías de la historia pertenecen al campo del pensamiento, no al de las creencias colectivas. Las ideologías aparecieron en la estela de la Revolución Francesa, dentro de la nueva esfera política que ésta ayudó en gran parte a modelar, y en un contexto social en vías de ser alterado drásticamente por el progreso y el avance de la

industria. Cada ideología proponía su propia idea del futuro que debía ponerse en práctica y de la acción colectiva que habría de llevarse a cabo para que tal futuro se convirtiera en una realidad. Siendo lo más esquemático posible, podemos distinguir tres grupos principales de soluciones para el problema de las relaciones entre el presente y el pasado por un lado y del futuro por otro.

El centro del espectro ideológico estaba ocupado por ideologías evolutivas o reformistas que opinaban que la relación entre el presente y el pasado y entre el futuro y el presente debe ser una de continuidad. Y para poder construir un futuro mejor sin destruir la continuidad se tienen que introducir mejoras de forma paulatina, prestando una atención especial a la educación de la opinión para evitar que se rechacen las reformas. Los partidarios de estas ideologías no se ponían de acuerdo con respecto a cuál sería la proporción adecuada de conservación e innovación en la organización futura de la sociedad.

Las ideologías revolucionarias exigían una ruptura con el presente para construir un futuro sin precedentes y que incluso, para las posturas más extremas, no conservaría nada del presente y del pasado. Por ello, durante la Revolución Francesa nos encontramos que hay quienes intentan crear instituciones radicalmente nuevas e introducir nuevas divisiones administrativas dentro del territorio nacional, nuevos nombres, un nuevo calendario, una cronología también nueva, al igual que pesos y medidas. De ahí también la iconoclasia: es otro intento de implantar la idea de una completa eliminación del pasado.

En el lado opuesto se encuentran las ideologías contrarrevolucionarias o reaccionarias, que apoyan la restauración del pasado e incluso, en sus formas más extremas, la de un pasado remoto. Para alcanzar este objetivo sería imprescindible una ruptura con el presente posrevolucionario y, en particular, el rechazo de todas las innovaciones del período revolucionario o hasta de las décadas anteriores a éste. En la medida en que apelaron por destruir la continuidad con el presente, su estructura temporal no se distingue de las ideologías revolucionarias contra las que estaban luchando con todas sus fuerzas.

Pero las ideologías son mucho más que una simple estructura temporal formal. También incluyen ejemplos, imágenes, proyectos, deseos, referencias, razonamientos, historias y cosas semejantes. Las ideologías revolucionarias y progresistas, como no podía ser de otro modo, tomaron prestados estos elementos de la literatura, la filosofía, la historiografía y la estética de la Ilustración o se inspiraron en ellas. Quienes crecieron rodeados por el entorno intelectual de la Ilustración y cuya memoria rebosaba de citas de sus autores favoritos emplearon las herramientas

que tenían a su disposición y esto se aplica, hasta cierto punto, a los defensores de las ideologías reaccionarias. Éstos se apoyaron en gran medida en la tradición religiosa, incluso la de naturaleza hermética, además del pensamiento monárquico y aristocrático. Pero en su lucha contra la Revolución, se vieron obligados a utilizar contra todo ello el lenguaje y algunos de los razonamientos de la Ilustración. Por consiguiente, se puede afirmar que existe una cierta conexión probada históricamente entre las ideologías y la Ilustración, aunque se trate de una puramente factual, debida únicamente a que una apareció antes que las otras.

Sí existe, no obstante, otra conexión con la Ilustración, incrustada en el mismo seno de las ideologías. En su etapa más temprana, algunas seguían el modelo de las utopías, y posteriormente todas ellas derivaban de filosofías de la historia, en su mayoría progresistas y con menor frecuencia convencidas de que el presente daba paso a un período de decadencia. Las ideologías progresistas buscaban la aceleración de los avances y/o su orientación en la dirección que sus autores consideraban la única correcta. Las ideologías conservadoras, por el contrario, deseaban que redujeran su marcha o que se detuviera. Y, por último, las ideologías reaccionarias llamaban a la acción para restablecer el pasado, que era mejor que el presente. En todos estos casos, el esquema conceptual era el correspondiente a las filosofías de la historia y, por ello, se puede decir que las ideologías son la aplicación de éstas. En este sentido, se puede afirmar que existe una fuerte conexión entre las ideologías y la Ilustración al haber creado esta última las condiciones necesarias para la aparición de las otras.

Una vez dicho esto, debemos añadir inmediatamente que los autores de las ideologías emplearon esquemas conceptuales heredados de la Ilustración, pero que los modificaron, como ya hemos enfatizado, al pasar del ámbito del pensamiento individual al de las creencias colectivas, y dicho cambio fue posible en este momento, siendo totalmente inconcebible antes, porque la aparición de las ideologías se vio separada de la Ilustración por una doble discontinuidad: la de la Revolución Francesa y la de la Revolución Industrial. Las ideologías son productos de un mundo que ya no era el de la Ilustración, a pesar de que todavía vivían algunas personas que habían estado activas durante ese tiempo o que habían recibido su influencia.

4. LAS IDEOLOGÍAS Y LA ILUSTRACIÓN

No obstante, podemos ir aún más allá y asumir que existe otra conexión entre las ideologías y la Ilustración porque ambas manifiestan lo que yo suelo denominar el vaivén del tiempo: un cambio en su centro

de gravedad del pasado al futuro. Esta fórmula tan general intenta capturar el carácter global del cambio de rumbo en la orientación temporal, que es en sí el resultado de un proceso multiseccular con altibajos desde el siglo XII. Por razones obvias no podemos describirlo aquí, pero algunos de sus episodios son tan importantes para comprender la conexión entre las ideologías y la Ilustración que debemos mencionarlos aquí, aunque sólo sea como ejemplos.

El crecimiento de los Estados nacionales como aparatos burocráticos y organizaciones militares llevó de forma imperceptible a sus funcionarios a extender cada vez más el horizonte temporal de su pensamiento sobre política interior y exterior. Para garantizar que se iba a poder contar con los materiales de construcción y la mano de obra necesarios para la edificación de fortalezas, la madera necesaria para los barcos, el cobre y la pólvora para los cañones, un número necesario de soldados y de caballos, personal militar con la formación adecuada, etc., debían tomarse diversas decisiones con antelación sobre las necesidades futuras del Estado en cada uno de estos campos. De manera similar, la creciente sofisticación de la economía de mercado ocurrida como consecuencia del desarrollo de la banca, de las bolsas y de los seguros obligaron a quienes estaban implicados en estas actividades a predecir los avances futuros para poder conseguir ganancias. Las inversiones en la industria, la minería, la construcción de carreteras, canales y puertos, además del comercio con otros países y continentes exigía por su parte la capacidad de evaluar los riesgos y prever las demandas futuras de bienes producidos o importados. Y el hecho de que los relojes se hicieran cada vez más comunes inculcó el hábito de tratar al tiempo como un marco cuantitativo uniforme y neutro en el que el futuro del Estado, la economía, la sociedad y de cada individuo o empresa quedaba principalmente, cuando no exclusivamente, determinado por las actividades humanas del momento.

Esto no significa que todos los intentos por dominar el futuro tuvieran éxito. Con frecuencia terminaban en fracasos, tal como demuestra la Burbuja de los Mares del Sur en Inglaterra o la quiebra del *systeme* de John Law en Francia o incluso, aunque a otro nivel, las frecuentes bancarrotas de banqueros, industriales y mercaderes que marcaron la historia económica de los siglos XVIII y XIX. Esto demuestra que importantes grupos sociales estaban intentando aprender, con distinta suerte, a dominar el futuro, ya fuera el de las finanzas nacionales, el de una empresa concreta o de la economía doméstica. Una prueba de esto último la aporta el uso de distintas medidas anticonceptivas incluso entre los campesinos, al menos en Francia. Pero el grado de interés en este aprendizaje era diferente para cada estrato de la sociedad durante el siglo XVIII.

Para sobrevivir, los burócratas del Estado, fabricantes, mercaderes, banqueros, financieros y demás tenían que mejorar progresivamente su conocimiento de cualesquier factores que pudieran modificar el curso de los acontecimientos; además, tenían que repetir los intentos de crear situaciones que pudieran crear las condiciones necesarias para que fueran más regulares y predecibles. Al mismo tiempo, los monarcas y nobles muy a menudo no podían adaptarse a las nuevas necesidades, incluso a veces se negaban a ello y oponían su ética de gasto sin control y de incurrir en deudas a la ética burguesa de que la bancarrota era el mayor de todos los pecados, si no de todos los crímenes. En el extremo contrario de la jerarquía social, las masas de habitantes pobres del campo y las ciudades seguían viviendo en un mundo en el que dominar el futuro propio no era ni siquiera imaginable.

Los escritores, filósofos, científicos, historiadores, anticuarios, artistas, en resumen, todos los intelectuales, usando este término tan cómodo aunque sea anacrónico, estaban entre los muchos para los que el problema del dominio del futuro era el más importante de sus vidas prácticas. Además, se veían directamente implicados en actividades que los obligaban a enfrentarse a este problema. Algunos eran funcionarios públicos, otros tenían que invertir su dinero, otros participaban en grandes empresas editoriales y los que no contaban con una buena posición e intentaban ganarse la vida escribiendo y vendiendo sus obras, pasaban mucho tiempo buscando dinero de forma incesante o intentando conseguir una cierta estabilidad por otros medios para poder dejar atrás su situación de dependencia. Por lo tanto, para todos ellos la capacidad humana de dominar de forma eficaz su propio futuro y los medios que les permitieran conseguirlo era su problema más acuciante tanto a nivel intelectual como existencial.

No sorprende entonces que fuera también la cuestión que más preocupara durante la Ilustración. Tanto es así que podemos identificar esta etapa histórica con una sucesión de intentos de encontrar la solución a este problema. Al decir esto no estamos haciendo otra cosa que expresar con otras palabras la idea que Kant ya había enunciado con su famoso *Was ist Aufklärung?* abierto con la afirmación en este sentido de que, para el hombre, la Ilustración es una salida de una minoría de la que él mismo era responsable. De hecho, alcanzar la edad adulta no es otra cosa que convertirse en el dueño de uno mismo, adquirir el derecho a decidir sobre el derrotero de su propia vida, es decir, sobre su propio futuro.

Tampoco sorprende que la posibilidad de que los hombres dominen su futuro y el grado hasta el que pueden conseguirlo sea el centro de las disputas entre los portavoces de la Ilustración y sus detractores. De hecho, ése era el tema del debate teológico entre los creyentes en un Dios tra-

dicional e impredecible, por un lado, y, por otro, los deístas y cristianos ilustrados cuyo Dios les garantiza la estabilidad del universo en general y de cada una de las entidades del mismo en particular. Y lo mismo se aplica al debate metafísico sobre el determinismo y al debate sobre monstruos con la previsibilidad de su naturaleza y su sumisión a leyes que no admiten excepciones en juego. Y se sigue aplicando también, en la teoría del conocimiento, a debates sobre el problema de la inducción y sobre el concepto de la probabilidad. Las filosofías de la historia intentaron, como ya hemos mencionado, predecir el futuro de la humanidad y de este modo conseguir un dominio intelectual sobre éste. Las teorías legales intentaron descubrir los medios según los cuales fuera posible predecir la conducta distintos Estados en sus relaciones con los demás en tiempos de paz e incluso de guerra. El pensamiento político buscaba cómo eliminar la arbitrariedad de las relaciones entre los Estados y sus súbditos. Y no podemos decir que este listado esté completo en absoluto.

La intensidad de estos debates y lo radical de las posiciones tomadas sobre estos asuntos presentaban marcadas diferencias en los distintos países. Tanto es así que sería más cercano a lo que en realidad encontramos en nuestros documentos si utilizáramos el término *Ilustración* no en singular sino en plural o si especificáramos en cada caso, cuando se use en singular, qué clase de Ilustración tenemos en mente. Evidentemente, aquí se hace referencia en primer lugar a la Ilustración Francesa, pero, en mi opinión, todos los textos representativos de la Ilustración, sin importar su país de procedencia, expresan, si bien es cierto que con distinta intensidad, un deseo de que el hombre pueda dominar la historia humana y la esperanza de que se puedan encontrar los medios intelectuales e institucionales que permitan a la gente conseguir tal dominio. Un deseo que no desapareció ni siquiera tras la Revolución Francesa y las guerras europeas que fueron su consecuencia última.

Y eso es lo que afirmaban traer las ideologías que entraron en escena durante las primeras décadas del siglo XIX. Todas y cada una de ellas afirman poseer la respuesta a la cuestión de cómo conseguir dominar el futuro y, por lo tanto, la historia en conjunto, un asunto que, como ya hemos visto, era fundamental para la Ilustración. Así pues, su relación es más que únicamente factual. También lo es psicológica y lógica: fue la Ilustración la que hizo posible la aparición de las ideologías y la que, en gran parte, hizo que resultaran convincentes, en la medida en que preparó las mentes de las personas para que las adoptaran. Pero fue únicamente la unión de los efectos de la Revolución Francesa con los de la Revolución Industrial la que creó las condiciones favorables para el cambio definitivo de rumbo en la orientación temporal de las creencias colectivas del pasado al futuro.

5. DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA A LA CRISIS DEL FUTURO

La historia de las ideologías entre la Revolución Francesa y la década de 1970 se caracteriza en primer lugar por conseguir la autonomía de los símbolos, rituales y lenguaje religiosos. Al principio, ni siquiera los autores de las ideologías se dieron cuenta claramente de la novedad de las ideologías como sistemas colectivos de creencias y de su originalidad radical con respecto a la religión. Por ello, a menudo se adornaron como profetas, redentores y dispensadores de revelaciones o fundadores de sectas religiosas. Esto puede discernirse con claridad en los albores del socialismo. El nacionalismo también hizo una profusa utilización de referencias tomadas prestadas del lenguaje de la Iglesia. Esto es menos cierto en el caso del liberalismo, cuyos portavoces buscaron el léxico necesario para formular su programa o bien para la historia o para una nueva ciencia de la economía política. En su intento por transformar el socialismo “de una utopía a una ciencia”, Marx siguió su ejemplo. Pero la idea de que la ideología socialista podía y debía ser una ciencia no se percibía como incompatible con el empeño en que su origen se encontrara en los imperativos éticos, que no eran sino una versión laica de los mandamientos religiosos. No obstante, durante la segunda mitad del siglo XIX, la mayoría de las ideologías pretendían basarse en datos y razonamientos científicos y no tener nada en común con la religión; el darwinismo social es una muestra de esto. Solamente al final del siglo algunos autores, como Sorel, intentaron sacar a relucir la especificidad de la ideología frente a la religión y la ciencia.

La segunda característica distintiva de la historia de las ideologías posterior a la Revolución Francesa es su radicalización: el comunismo sigue al socialismo, el autoritarismo al conservadurismo, el bolchevismo a la democracia social, el fascismo y nazismo al nacionalismo autoritario. En todos los casos, una ideología que aparece después enfatiza con mucha más fuerza que sus predecesoras la diferencia entre la sociedad como debería ser en el futuro y la que existe en el presente y por ello propone unos medios más violentos para reducir la distancia entre una y otra. Al mismo tiempo, las ideologías que aparecieron a principios del siglo XIX sufren una radicalización similar de modo que las formas tardías son muy distintas de las originales. Un buen ejemplo de esto lo proporciona la metamorfosis del nacionalismo desde sus inicios republicanos hasta sus encarnaciones antisemitas y totalitarias de la década de 1930.

La historia de las ideologías entre la Revolución Francesa y los años 70 del siglo XX se caracteriza, además, por su totalitarización. Las primeras ideologías (el nacionalismo, liberalismo, radicalismo...) se interesa-

ban únicamente en la política y su máximo objetivo era cambiar el Estado y la constitución. Ya en la década de 1830 aparecieron ideologías que, como en el caso del socialismo y el comunismo, se centraban en las relaciones entre las clases sociales y en cuestiones relacionadas con la propiedad, mientras que el tradicionalismo prestaba más atención a las costumbres y creencias. A finales del siglo XIX, la cultura en casi todas sus manifestaciones (la literatura, las artes visuales y la música) se convirtió en el campo de batalla en el que chocaron entre sí distintos nacionalismos y en el que todos ellos se enfrentaron al socialismo. En la tercera década del siglo XX, con el bolchevismo, el fascismo y el nazismo, aparecieron unas ideologías que, aunque mantenían su interés por la cultura, la economía y la sociedad, eliminaron la frontera entre la vida privada y la pública. Controlaban y programaban todo: la política estatal y el crecimiento de la economía, el trabajo y el ocio, las relaciones entre patronos y empleados y entre padres e hijos. Y se encontraban presentes en todos los sitios: en los cuarteles y las fábricas, en las escuelas y los jardines de infancia.

La radicalización y la totalitarización de las ideologías, que finalmente culminó con la aparición de las totalitarias fue hasta cierto punto el resultado de su dinámica interna. De hecho, podemos analizar los dos siglos de su historia como una sucesión de intentos por parte de los autores de cada una de ellas de superar a sus predecesores para destruir su credibilidad y, de este modo, privarles de su audiencia. Como regla general, toda ideología que vaya apareciendo adoptará una postura polémica y frecuentemente hostil para con las anteriores que compartan sus ideas básicas. Las desprecia y combate, en el mejor de los casos, catalogándolas de productos de una ilusión, en el peor como a fraudes puesto que no han podido cumplir con sus promesas. Buenas muestras de ello son el trato que brindó el “socialismo científico” a sus antecesores “utópicos” o el desprecio y brutalidad con que el bolchevismo atacó a la socialdemocracia.

Pero la dinámica interna de las ideologías no podría ser eficaz sin que aumentara su orientación hacia el futuro de los Estados, de las economías o culturas, lo que resultó en la importancia cada vez mayor de éstas en las vidas de todo tipo de personas en todos los niveles de la jerarquía social. La industrialización y la urbanización cambiaron radicalmente la relación entre el presente y el futuro en la vida de las clases trabajadoras, en comparación con la de los campesinos. El futuro, que para éstos era predecible en líneas generales porque no podía separarse demasiado del presente, al depender en gran medida de las condiciones naturales, pasó a ser, en el caso de los trabajadores urbanos, algo completamente fuera de su control al depender de factores tales como su salud, las relaciones dentro de la empresa o la situación económica general.

En estas circunstancias, la convicción de que cualquier ser humano tiene el derecho de controlar su futuro, que en el siglo XVIII era el privilegio de una elite social muy reducida, aumentó con el paso de los siglos XIX y XX entre las masas. La lucha por la igualdad de todos ante la ley, por el sufragio universal, la seguridad social y el acceso a la educación que supuestamente deberían abrir las puertas a una movilidad social ascendente no eran más que diferentes manifestaciones de este impulso esencial que tenía como objetivo controlar el futuro de cada uno y que se manifestaba, en otro nivel, en la lucha por la independencia de los pueblos que formaban parte, en contra de su voluntad, de los imperios europeos y del resto del mundo. Todo lo anterior creó el caldo de cultivo necesario para que no sólo las elites sino también el pueblo llano fueran aceptando las ideologías que les prometían el control sobre su destino.

No obstante, la propagación tan generalizada de las ideologías, junto con su creciente radicalización y totalitarización, que se hizo evidente durante la segunda mitad del siglo XIX y especialmente desde la década de 1870, ocurrió en un mundo que ya contaba con suficientes conflictos que no se debían ni a la Ilustración ni a las ideologías sino a transformaciones políticas, sociales y económicas de la Europa posterior a la Revolución Francesa, las guerras napoleónicas, el despertar de los sentimientos nacionales, la Revolución Industrial, el crecimiento de las ciudades y la industria, la madurez alcanzada por las nuevas aspiraciones políticas de la burguesía y la lucha de la clase trabajadora por mejorar su situación material y conseguir el derecho de crear sindicatos y contar con representación parlamentaria.

Las ideologías ya ejercían un impacto ambivalente sobre este mundo. El igualitarismo democrático y el socialismo consiguieron movilizar eficientes energías como para imponer durante las últimas décadas del siglo la ejecución de reformas importantes: los límites a las jornadas de trabajo, el desarrollo de la educación elemental, el establecimiento de distintas instituciones de seguridad social, la introducción del sufragio universal para los hombres, más o menos restringido en función de cada país, y, con todo ello, el derecho a crear sindicatos y partidos políticos, además de la libertad de prensa. Estas ideologías contribuyeron así a mejorar las condiciones de vida de las clases trabajadoras, a reducir la violencia en los conflictos de clases y mejorar su grado de integración social. No obstante, tanto si eso era lo que querían como si no, estos efectos positivos también sirvieron para crear las condiciones necesarias para que el nacionalismo pudiera comenzar a inculcar a las masas el sentimiento de que acechaba un peligro desde fuera para su recién obtenido bienestar y a integrarlas a través del odio del enemigo común

que tenía diversas identidades en cada país, pero que se identificaba en todos los lugares principalmente con los judíos.

La propagación, radicalización y totalitarización del nacionalismo xenófobo y antisemita es uno de los acontecimientos más importantes de la historia de las ideologías a finales del siglo XIX. Al final de éste, la situación hizo que empeorara en todos los países el conflicto existente entre el nacionalismo radical de derechas y el socialismo revolucionario de izquierdas, algo que no pareció muy preocupante en ese momento pero que entraría en escena más adelante. Y también exacerbó conflictos muy profundos entre Estados, que comenzaron a percibirse y conceptualizarse como conflictos entre naciones. Simultáneamente, el avance de las ideologías igualitarias y socialistas y la radicalización de las reaccionarias agravó en Francia y Alemania el conflicto entre las tendencias demócratas de las instituciones representativas y las inclinaciones autoritarias de los aparatos del Estado, en especial del ejército. Una muestra famosa de ello fue el *affaire Dreyfus*.

Si a esto añadimos que en los imperios multinacionales, de los que aún existían cuatro en Europa, las ideologías nacionalistas soliviantaron el antagonismo entre pueblos dominados y pueblos dominantes, podemos decir que la propagación, radicalización y totalitarización de las ideologías contribuyó notablemente a aumentar la inestabilidad política en Europa, lo que culminó con la Primera Guerra Mundial. Con esto no estoy diciendo que las ideologías sean la causa de ésta, pero sí que contribuyeron a crear las condiciones que la hicieron posible. Es más, las ideologías imprimieron en esta guerra algunos de sus rasgos característicos.

Al tratarse de una guerra de naciones y no de Estados, dejó de ser una guerra limitada y civilizada para especialistas, como lo fueron las del siglo XIX. Fue una guerra total, una primera lección de exterminio masivo. Al mismo tiempo, la Gran Guerra significó una ruptura con todas las expectativas anteriores sobre el dominio del futuro. Una vez comenzó, nadie sabía cómo terminarla, y cuando terminó, Europa estaba completamente en ruinas. El derrocamiento del régimen zarista en Rusia tras la Revolución de Febrero dio inicio en ese país a un período de inestabilidad política que duró hasta comienzos de la década de 1920. Tras la derrota de Alemania, este país fue víctima de una inflación desorbitada, así como de inestabilidad política, al igual que ocurrió, en mayor o menor medida, en prácticamente todos los países de la Europa Central y Oriental. Italia terminó la guerra en una situación similar a la de Alemania. A millones de personas les pareció como si el futuro se hubiera derrumbado y nadie pudiera reconstruirlo, con la única excepción, en Rusia, de un socialismo revolucionario que cambió su nombre a comunismo y de

un nacionalismo radical y, posteriormente, totalitario representado en Italia por los fascistas y en Alemania por los nazis. El Crash de la Bolsa de 1929 profundizó y esparció aún más entre las masas el sentimiento de desamparo con respecto a la vida propia y a las perspectivas del país, y solamente las ideologías y movimientos políticos autoritarios afirmaron ser capaces de dar una respuesta rápida y definitiva. Hasta los años 40, el futuro parecía pertenecerles.

Ya sabemos lo que ocurrió entonces. La gran promesa de un Reich alemán de mil años de duración resultó ser uno de los mayores genocidios de la historia humana. Tanto el Reich alemán como el Imperio Italiano, que también aspiraba a regir durante mil años, fueron derrotados por la alianza de la democracia con el totalitarismo bolchevique. Tras la guerra, este último parecía, y de hecho era, más poderoso que nunca. Pero aunque sobrevivió a la guerra, no fue capaz de subsistir tras cuarenta años de paz, aunque, en realidad, se tratara de una guerra fría. Desde finales de los años 70, el régimen soviético era un enfermo terminal. Por extraño que pueda parecer, en este tiempo fuimos testigos del debilitamiento general de todas las ideologías en Occidente, con excepción de los liberalismos de Margaret Thatcher y de Ronald Reagan. Ésta fue una prueba sorprendentemente clara de la crisis general del futuro, es decir, de la creencia en que nosotros, los ciudadanos de los países desarrollados, podemos controlar nuestro futuro y el de la humanidad no sólo intelectualmente sino también de forma práctica, modelándolo como consideremos mejor. Y esta crisis, diagnosticada inicialmente a principios de los años 80, sigue con nosotros.

De hecho, desde ese momento estamos viviendo en un clima de opinión que se va alejando cada vez más del existente durante las primeras décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial: de la primacía de la colectividad a la del individuo, de la supremacía del sacrificio a la del ocio, del interés público a los negocios privados, del futuro al presente. ¿Significa esto que están desapareciendo las ideologías? Su muerte ya se pronosticó a fines de la década de 1950 pero, evidentemente, fue un anuncio prematuro, tal como muestra el carnaval ideológico de 1968. Y tampoco creo que las ideologías estén dejándonos ahora. El liberalismo goza de muy buena salud y es una ideología, a pesar de su afirmación de que el dominio del futuro solamente se puede conseguir a través de la “mano invisible”. Pero tampoco está solo. Los nacionalismos prosperan en muchos países, al igual que surge en el polo opuesto del espectro ideológico la ideología y las de los derechos humanos universales. Y por último, está el islamismo: una ideología reaccionaria que utiliza el Islam como un arma en su lucha contra Occidente para restablecer el califato y tener al mundo entero bajo su poder.

Pero, aunque las ideologías siguen activas, han sufrido grandes cambios durante los últimos 25 años, aproximadamente. El bolchevismo, la última versión de una ideología totalitaria que se ha mantenido en el poder, lleva marginada al menos desde los años 90, del mismo modo que se había marginado el fascismo y el nazismo. Y el debate ideológico más importante emplea en la actualidad el lenguaje de la ciencia porque en lo sucesivo ésta tiene a su cargo la tarea de identificar el futuro que debemos evitar si queremos sobrevivir. La geofísica presenta un panorama de agotamiento de los recursos naturales, empezando por el petróleo. La climatología intenta calcular el momento en el que el efecto invernadero provocará un desastre global. La biología habla de una probabilidad cada vez mayor de una epidemia de gripe que acabará con la vida de decenas de millones de personas, y las ciencias sociales prevén una catástrofe demográfica y el choque de las civilizaciones. Por lo que se ve, se está sustituyendo un futuro radiante por uno sombrío. En vista de esto, las ideologías progresistas y optimistas están perdiendo credibilidad y, con ello, su lugar dominante. ¿Estamos siendo testigos de los últimos rayos de la Ilustración?